

Cosas por decir en la Minotauro

La obra de Carlos Solórzano: una esfera que perturba

BLANCA ELENA PANTIN

Hay un ojo en la obra de Carlos Solórzano que persigue al espectador vaya donde vaya. Un ojo, círculo, que perturba, una esfera -definitivamente- contemporánea (¿cápsula, universo, origen?) plena de transparencias, amnióticos líquidos que tarde o temprano se romperán. Por ahora, como la clave de la vida, permanecen represados, caldos de cultivo, latentes como criaturas acuáticas.

Solórzano, nacido en Barquisimeto en 1956, no se anda a medias tintas ni en planos de experimentación. Su obra responde a un proceso que se fue gestando desde 1976 cuando inicia sus estudios en el Instituto de Diseño Neumann. La obra de Edgar Sánchez, profesor del instituto, lo impacta de alguna manera: sobre todo -dice Solórzano- el manejo de los volúmenes.

Edgar Sánchez llega a la Minotauro y se encuentra con Solórzano quien nunca llegó a ser su alumno. Tienen mucho que decirse. Hay, en la obra de uno y de otro, un punto común pese a pertenecer a generaciones distintas. Sánchez, a propósito de las generaciones, opina que no hay una intención expresa de romper con las propuestas precedentes. Prevalece -según el creador de los espacios epidérmicos- una profunda admiración. Le pasó a la de Sánchez con la obra de Palacios, Borges. En todo caso, a Solórzano parece no importarle el asunto generacional; de hecho, entre los de su grupo su trabajo asoma con peso propio sin deudas de ninguna especie: acaso de Quilici y eso a partir de la concepción espacial donde lo arquitectónico se percibe como un recurso estético, acaso, porque los acrílicos de Solórzano denotan un expreso deseo de llegar hasta los límites extremos de los espacios y las formas.

Se siente feliz (feliz es un decir) y así se lo confiere a Sánchez. Hablan de la nueva condición de las obras cuando salen de la intimidad del taller al mundo exterior.

-Comienzan a tener una historia externa, dice Solórzano en tono pausado, ecuaníme, equilibrado sin poses ni alardes tan comunes a los jóvenes artistas lanzados al estrellato.

Cecilia Ayala, la galerista, no tuvo nunca ninguna duda sobre la obra de Solórzano. En 1986, a raíz de la primera muestra individual de Solórzano en la Galería los Espacios Cálidos, intuyó el talento de Solórzano; además sobre la línea que Ayala se ha propuesto avalar: cosas nuevas que decir.

Paisaje sobre el sofá

Las rugosidades del sofá brotan casi de la tela; nadie -a no ser por el título de la obra- puede siquiera suponer que aquellos vastos territorios, plenos de onduladas, de ramajes dérmicos, son un corte transversal (¿un corte científico?) de un sofá contemporáneo, un paisaje brutalmente contemporáneo donde todo puede suceder: es una referencia al espacio del hombre. ¿O la humanidad no se sienta sobre sofás?

Sin embargo no existe en Solórzano



Entre los artistas de la nueva generación Carlos Solórzano se yergue con un discurso plástico que ya ha dado de qué hablar. Ha hecho del universo de sus criaturas y sus esferas una teoría que tiende a mostrar las claves del Universo, no ya el suyo sino el colectivo. Un lenguaje contemporáneo con mucho qué decir

zano una expresa opción por el arte de denuncia tampoco puede permanecer indiferente ante su Tiempo. Y es indiscutible la presencia en su obra de símbolos-denuncia ("Bienvenido a la máquina"); "Heavy Guácharo" donde la naturaleza se presenta en una especie de épico duelo frente a las máquinas y a la tecnología, prevaleciendo (es el caso del tucán de "Bienvenido a la máquina"), imponiéndose en un juego de planos, el elemento natural.

Heavy Metal

Solórzano fue rockero (¿fue?): para ser más exactos intérprete de grupos de rock; en esos años (70-80) las carátulas de los discos de grupos como el Yes lo sedujeron por completo, sobre todo el manejo de una técnica (la del aerógrafo) a través de la cual se lograban texturas y terminados impecables, perfectos. Eso y un encuentro con el libro *Necronomicon* y H.R. Giger lo terminaron por atrapar. Así descubrió al aerógrafo, hasta hoy, su medio de expresión.

Hoy se puede dar el lujo de hacer -sin complejos de culpabilidades publicitarias aunque no lo confiesa con demasiada emoción. Sánchez admite en su generación caía en estereotipos del "artista puro" que no se podían permitir deslices (¿lo son?) de esa naturaleza. Lo que pasa, en realidad, es otra cosa y, en eso, Solórzano está muy claro: en el trabajo publicitario no hay enigmas ni misterios; eso la diferencia del arte donde lo obvio no tiene cabida.

-Siempre hay que dejarle un campo al misterio, dice. Eso dando por descontado que hoy los códigos publicitarios manejan elementos que rozan el arte. La ilustración (coinciden Solórzano y Sánchez) ha alcanzado niveles topes de depuración.

En el caso de Solórzano es indudable el peso de lo místico, de las filosofías del equilibrio (del yin y el yan).

Las esferas, los círculos que



Criaturas, selvas contemporáneas, fusión de lo orgánico y lo inorgánico. Heavy metal.

viven en su obra, son -lo dice el propio artista- dimensiones de estadios místicos. En este momento se nutre de ese tipo de lecturas que lo han conducido a nuevas búsquedas. Se trata de fusiones ("juntas") de lo orgánico y lo inorgánico, la tecnología y el metal. Y ciertamente su obra remite (porque lo es) a viajes al centro de la materia, profundidades desconocidas con formas donde el arco se perfila como sostén de un univer-

so nunca antes navegado. No está exenta tampoco de música: jazz y rock (¿sensualidad-gestualidad?) porque no la concibe como expresión de una estética aislada sino que la sumerge en la contemporaneidad, suma de todo como dice el slogan del Censo 90. Y ahí podría estar la clave de la interpretación de los signos-símbolos a los que recurre Solórzano: la suma de todo. ¿No es el universo -acaso- la suma de todo?

La sustancia de los tiempos

"Más que una constatación, las obras de Solórzano son una nueva salida al asombro", escribe Roberto Guevara a propósito de la exposición del artista. Ciertamente, no hay manera de no asombrarse ante las visiones de Solórzano, las explicaciones de un mundo que no excluye (¿cómo hacerlo?) los enigmas de un pasado remoto, antíguísimo como la más desconocida de las galaxias.

Siempre, no en balde, quiso estudiar antropología y arqueología. En una de sus obras hay en el extremo izquierdo inferior, encerrado en un rectángulo (una obra dentro de otra), un dolmen esos enigmáticos templos hechos de piedra sobre piedra en edades que ya el hombre sentía la necesidad de deberse a fuerzas superiores. Templos, lugares de sacrificio, enigmas que ninguna catástrofe natural ha podido derribar, Dolmenes que atestiguan la limpia intención humana de entregarse a lo sagrado. Solórzano los recupera; los encierra en una suerte de cápsula, los coloca en un primerísimo primer plano mientras la esfera, el ojo que no abandona (ni lo abandona) se mueve en el centro del cuadro intentando penetrar un lejantísimo pasado que está ahí como un símbolo perturbador.

Edgar Sánchez le pregunta a su sobrino de 10 años cuál obra le gusta más. El niño se toma el trabajo de observar cada una de las diecisiete obras que integran la exposición; de pronto, con decisión, dice "ésta". Algo -que no fue horror- le llegó al pequeño observador. Quien sabe si ese niño, como los niños que vienen, ya no conocen de simbologías que se adentran al siglo por venir. Quien sabe si en las esferas el niño no vio una diminuta, perfecta, nave espacial navegando por el espacio. Las criaturas de Solórzano no le inspiran miedo; no parece rechazarlas. Las mira desde la distancia, sin acercárseles mucho, eso sí.

Solórzano se propone continuar en la exploración del color que empieza a plasmar con mesura en su obra. La explosión cromática se la deja a otros. El quiere llegar hasta los orígenes mismos y las profundidades, por lo menos las conocidas, son oscuras como las cuevas.

Cosas por decir en La Minotauro

La obra de Carlos Solórzano: una esfera que perturba

por Blanca Elene Pantin

Hay un ojo en la obra de Carlos Solórzano que persigue al espectador vaya donde vaya. Un ojo, círculo, que perturba, una esfera —definitivamente contemporánea (¿cápsula, universo, origen?) plena de transparencias, amnióticos líquidos que tarde o temprano se romperán. Por ahora, como la clave de la vida, permanecen represados, caldos de cultivo, latentes como criaturas acuáticas.

Solórzano, nacido en Barquisimeto en 1956, no se anda a medias tintas ni en planos de experimentación. Su obra responde a un proceso que se fue gestando desde 1976 cuando inicia sus estudios en el Instituto de Diseño Neumann. La obra de Edgar Sánchez, profesor del instituto, lo impacta de alguna manera: sobre todo —dice Solórzano el manejo de los volúmenes.

Edgar Sánchez llega a la Minotauro y se encuentra con Solórzano quien nunca llegó a ser su alumno. Tienen mucho que decirse. Hay, en la obra de uno y de otro, un punto común pese a pertenecer a generaciones distintas. Sánchez, a propósito de las generaciones, opina que no hay una intención expresa de romper con propuestas precedentes. Prevalece —según el creador de los espacios epidérmicos— una profunda admiración. Le pasó a Sánchez con la obra de Palacios, Borges. En todo caso, a Solórzano no importarle el asunto generacional; de hecho, entre los de su grupo su trabajo asoma con peso propio sin deudas de ninguna especie; acaso Quillici y eso a partir de la concepción espacial donde lo arquitectónico se percibe como un recurso estético, acaso porque los acrílicos de Solórzano denotan un expreso deseo de llegar hasta los límites extremos de los espacios y las formas.

Se siente feliz (feliz es un decir) ' y así se lo confiere a Sánchez. ¿ Hablan de la nueva condición de y las obras cuando salen de la intimidad del taller al mundo exterior.

-Comienzan a tener una historia externa, dice Solórzano en tono pausado, ecuánime, equilibrado sin poses ni alardes tan comunes a los jóvenes artistas lanzados al estrellato.

Cecilia Ayala, la galerista, no tuvo nunca ninguna duda sobre la obra de Solórzano. En 1986, a raíz de la primera muestra individual de Solórzano en la Galería los Espacios Cálidos, intuyó el talento de Solórzano; además sobre la línea que Ayala se ha propuesto avalar: cosas nuevas que decir.

Paisaje sobre el sofá

Las rugosidades del sofá brotan casi de la tela; nadie —a no ser por el título de la obra puede siquiera suponer que aquellos vastos territorios, plenos de onduas, de ramajes dérmicos, son un corte transversal (¿un corte científico?) de un sofá contemporáneo, un paisaje brutalmente contemporáneo donde todo puede suceder: es una referencia al espacio del hombre. ¿O la humanidad no se sienta sobre sofás?

Sin embargo no existe en Solórzano una expresa opción por el arte de denuncia tampoco puede permanecer indiferente ante su tiempo. Y es indiscutible la presencia en su obra de símbolos denuncia ("Bienvenido a la máquina"); "Heavy Guácharo" donde la naturaleza se presenta en una especie de épico duelo frente a las máquinas

y a la tecnología, prevaleciendo (es el caso del tucán de "Bienvenido a la máquina"), imponiéndose en un juego de planos, el elemento natural.

Heavy Metal

Solórzano fue rockero (¿, fue?): para ser más exactos intérprete de grupos de rock; en esos años (70-80) las carátulas de los discos de grupos como el Yes lo sedujeron por completo, sobre todo el manejo de una técnica (la del aerógrafo) a través de la cual se lograban texturas y terminados impecables, perfectos. Eso y un encuentro con el libro *Necronomicon* y H.R. Giger lo terminaron por atrapar, hasta hoy su medio de expresión.

Hoy se puede dar el lujo de hacer —sin complejos de culpa diseños publicitarios aunque no lo confiesa con demasiada emoción. Sánchez admite en su generación caía en estereotipos del "artista puro" que no se podían permitir deslices (¿lo son?) de esa naturaleza. Lo que pasa, en realidad, es otra cosa y, en eso, Solórzano está muy claro: en el trabajo publicitario no hay enigmas ni misterios; eso la diferencia del arte donde lo obvio no tiene cabida.

Siempre hay que dejarle un campo al misterio, dice.

Eso dando por descontado que hoy los códigos publicitarios manejan elementos que rozan el arte. La ilustración (coinciden Solórzano y Sánchez) ha alcanzado niveles topes de depuración.

En el caso de Solórzano es indudable el peso de lo místico, de las filosofías del equilibrio (del yin y el yang).

Las esferas, los círculos que viven en su obra, son —lo dice el propio artista- dimensiones de estadios místicos. En este momento se nutre de ese tipo de lecturas que lo han conducido a nuevas búsquedas. Se trata de fusiones(juntas) de lo orgánico y lo inorgánico, la tecnología y el metal. Y ciertamente su obra remite (por que lo es) a viajes al centro de la materia, profundidades desconocidas con formas donde el arco se perfila como sostén de un universo nunca antes navegado. No está exenta de música: jazz y rock((¿sensualidad- gestualidad?) porque no la concibe como expresión de un estética aislada sino que la sumerge en la contemporaneidad, suma de todo como dice el slogan del Censo 90. Y ahí podría estar la clave de la interpretación de los signos-símbolos a los que recurre Solórzano: la suma de todo. No es el universo -¿acaso la suma de todo?

La sustancia de los tiempos

"Más que una constatación, las obras de Solórzano son una nueva salida al asombro", escribe Roberto Guevara a propósito de la exposición del artista. Ciertamente, no hay manera de no asombrarse ante las visiones de Solórzano, las explicaciones de un mundo que no excluye (¿cómo hacerlo?) los enigmas de un pasado remoto, antiquísimo como la más desconocida de las galaxias. Siempre, no en balde, quiso estudiar antropología y arqueología. En una de sus obras hay en el extremo izquierdo inferior, encerrado en un rectángulo (una obra dentro de otra), un dolmen esos enigmáticos templos de piedra sobre piedra en edades que ya el hombre sentía la necesidad de deberse a fuerzas superiores. Templos, lugares de sacrificio, enigmas que ninguna catástrofe natural ha podido derribar, Dolmenes que atestigüen la limpia intención humana de entregarse a lo sagrado. Solórzano los recupera; los encierra en una suerte de cápsula, los coloca en un primerísimo primer plano mientras la esfera, el ojo que no abandona (ni lo abandona)

se mueve en el centro del cuadro intentando penetrar un lejanísimo pasado que está ahí como un símbolo perturbador.

Edgar Sánchez le pregunta a su sobrino de 10 años cuál obra le gusta más. El niño se toma el trabajo de observar cada una de las diecisiete obras que integran la exposición; de pronto, con decisión, dice "ésta". Algo que no fue horror le llegó al pequeño observador. Quien sabe si ese niño, como los niños que vienen, ya no conocen de simbologías que se adentran al siglo por venir. Quien sabe si en las esferas el niño no vio una diminuta, perfecta, nave espacial navegando por el espacio. Las criaturas de Solórzano no le inspiran miedo; no parece rechazarlas. Las mira desde la distancia, sin acercárselas mucho, eso sí.

Solórzano se propone continuar en la exploración del color que empieza a plasmar con mesura en su obra. La explosión cromática se la deja a otros. El quiere llegar hasta los orígenes mismos y las profundidades, por lo menos las conocidas, son oscuras como las cuevas.